

Ejemplos de Cartas de Jorge Luis Romeu a su hermana Raquel.

Beltrán de Quirós, seudónimo de Jorge Luis Romeu, escribió y mando varias docenas de cuentos cortos a su hermana Raquel Romeu, residente en Syracuse NY, USA, utilizando el correo ordinario. Jorge Luis le escribía “cartas” manuscritas a su hermana, que en realidad eran los cuentos que el componía en Cuba. Raquel publico la primera docena de dichos cuentos, dedicados a las *UMAP* (Unidades Militares de Ayuda a la Producción), una organización gubernamental de trabajo obligatorio, operada bajo el manto de “Servicio Militar”, a la que enviaban a los jóvenes que no se “integraban” al proceso revolucionario. El libro, titulado *Los Unos, Los Otros y el Seibo*, fue publicado en 1971 en Miami, por Ediciones Universal. Jorge Luis utilizo el seudónimo de Beltrán de Quirós, ya usado por su padre en los artículos periodísticos que publicaba en la ciudad Matanzas durante la década de 1920, donde era Juez de Instrucción.

La intención de Jorge Luis al escribir dichos cuentos fue siempre el dar a conocer la vida en Cuba desde el punto de vista de un “disidente”, sobre todo para el conocimiento de las generaciones futuras. Pensaba Jorge Luis que, tanto los escritores *de adentro* como los *de afuera*, habiendo sido afectados por el proceso, escribían con demasiada pasión. Y los extranjeros, que no habían vivido el proceso cubano y desconocían los hechos, tendrían que basarse en los trabajos de dichos escritores comprometidos. Jorge Luis trato de evitar o minimizar este problema.

Jorge Luis, como actor, podía describir dichas situaciones con conocimiento más profundo. Y sin compromiso político, con menos apasionamiento. Mas, como no estaba seguro de que sus cuentos podrían algún día salir del país, decidió mandar estos a su hermana, utilizando una vía ingeniosa, que creyó (y de hecho resulto) segura y conveniente: como cartas familiares vía el correo ordinario.

Los originales de la mayoría de dichas cartas con los cuentos se encuentran en la *Colección Cubana de la Universidad de Miami*. Aquí, a manera de ilustración de cómo eran dichas cartas, presentamos copias xerox de algunas de ellas.

Gracias.- Jorge Luis Romeu/ Beltrán de Quirós.

3 (2) ✓

Mariano, 24 de diciembre de 1972.

Mi querida nistecita Gerín:

Come esta Navidad también vamos a estar separados, te envío este cuentecillo para que veas que en este día como en todos siempre estamos pensando en Uds.

Este cuento se intitula El Chivato.

Era la hora del almuerzo. Los muchachos acababan de regresar a las barracas después de pagar toda la mañana en el campo matando el tiempo. Ya iba para una semana que la cosa estaba así; y no podía continuar en esa forma mucho más.

Un plante siempre tiene un motivo: el de éste era haber incumplido la promesa de conceder más días de permiso para la casa. Los muchachos habían trabajado durante 6 meses, reventándose en los cañaverales con la ilusión de gastar un tiempo a la hora del pago. Esto sería puntual a la cantidad de trabajo que hubiesen realizado. Ahora resultaba que todo había sido una mentira, que como siempre, todos saldrían solamente con el tiempo reglamentario.

Y por primera vez, sin un jefe, sin un gafa, sin una organización, varias granjas habían paralizado simultáneamente el trabajo, movidos no lo por la indignación ante la burla y el engaño. Sin vacilación, todos habían dejado de trabajar. Pacíficamente, sin bulle, sin violencia externa. Pero con la mayor de todas las fuerzas: la de la resolución del espíritu, la de la resistencia pasiva.

Porque los guardias carecían de motivos para ejercer la violencia de su parte. Lo más que intentaban era la presión del miedo -tiempo perdido- o el provechar a los internados. Pero éstos tenían ya demasiada experiencia de veces anteriores.

Así pues, mientras los muchachos almoraban llegó -inevitable- el camión del fiscal. Enseguida corrió la noticia por las barracas como la chispa sobre la pólvera: encendiendo los ánimos.

Todos se preguntaron: "¿quién será esta vez la víctima?" Pues todos sabían que no otra cosa buscaba el fiscal: una víctima para sacrificarla en aras de la prosecución del trabajo en los cañaverales.

Pero ¿quién? Cuando no hay violencia, cuando no hay líderes, cuando no hay delito, ¿cómo puede usarse o padecer de nada.

¿Qué equivocados estaban! Qué poco conocían todavía la maquinaria interna de los guardias, y cuán poco aún conocían a los hombres!

Se hizo formar a los muchachos frente a una mesa. Había que hacer un juicio público para dar un escarmiento bueno. Una víctima silenciosa no resolvía la situación. La cosa debía hacerse con ruido... y con espanto.

No se podía tampoco tomar a cualquiera. Por eso tomaron a José la Queja y al Alacrán. A uno por cobardía y al otro por elemento representativo de esa colectividad. Al condenar al primero mientras se burlaban ante ellos, pensaban rebajar la moral de la gente. Y en el Alacrán, condenado y corrido, intentaban configurar a todos a la vez. Un golpe doble de doble efecto: bajo y fuerte.

Para poder condenar a dos hombres sin crimen, sin pruebas? Quizá sea más difícil de creer que de contar.

Mientras la Queja se debatía en explicaciones y ruegos para obtener una segunda oportunidad de demostrar toda su capacidad de trabajo y el Alacrán, inaudible, callaba en espera del desarrollo de los acontecimientos, una sombra pálida de la nada y se había presentado frente a la mesa del tribunal: era Chucho.

Hiciste declaración: "Yo vi al Alacrán incitando a la gente a no trabajar. La Queja estaba con él y fue el primero en apoyarlo y apoyar al plante."

barracas después de pagar toda la mañana en el campo matando el tiempo. Ya iba para una semana que la cosa estaba así; y no podía continuar en esa forma mucho más.

Un plante siempre tiene un motivo; el de éste era haber incumplido la promesa de conceder más días de permiso para la casa. Los muchachos habían trabajado durante 6 meses, reventándose en los añosverales con la ilusión de gastar un tiempo a la hora del pase. Este sería el primer sinal a la cantidad de trabajo que hubiesen realizado. Ahora resultaba que todo había sido una mentira, que como siempre, todos saldrían solamente con el tiempo reglamentario.

~~Y por primera vez, sin un jefe, sin un guía, sin una organización, varias granjas habían paralizado simultáneamente el trabajo, movidos por la indignación ante la burla y el engaño. Sin vacilación, todos habían dejado de trabajar. Pacíficamente, sin bulla, sin violencia externa. Pero con la mayor de todas las fuerzas: la de la recolección del espíritu; la de la resistencia pasiva.~~

~~Por eso los guardas parecían de motivos para ejercer la violencia de su parte. Lo más que intentaban era la presión del miedo -tiempo perdido- o el provocar a los internados. Pero éstos tenían ya demasiada experiencia de veces anteriores.~~

~~Así pues, mientras los muchachos almorzaban llegó -inevitable- el camión del fiscal. Inseguida corrió la noticia por las barracas como la chispa sobre la pólvora; uniéndose los fueros.~~

~~Todos se preguntaron: "¿Quién será este vez la víctima?" Pues todos sabían que no otra cosa buscaba el fiscal: una víctima para sacrificarla en aras de la prosecución del trabajo en los añosverales.~~

~~Pero ¿quién? Cuando no hay violencia, cuando no hay líderes, cuando no hay delito, ¿al punto acusarse a nadie de nada.~~

~~¿Qué equivocados estaban! Qué poco conocían todavía la maquinaria interna de los guardas, y cuán poco aún conocían a los hombres!~~

~~Se hizo formar a los muchachos frente a una mesa. Había que hacer un juicio público para dar un escarmiento bueno. Una víctima silenciosa no resolvía la situación. La cosa debía hacerse con ruido... y con estallido.~~

~~No se podía tampoco tomar a cualquiera. Por eso tomaron a dos: la Queja y el Alacrón. A uno por cobardía y al otro por elemento representativo de esa colectividad. Al condenar al primero mientras se humillaba ante ellos, pensaban rebajar la moral de la gente. Y en el Alacrón, temido y querido, intentaban configurarles a todos a la vez. Un solo golpe de doble efecto: bajo y duro.~~

~~Pero ¿cómo condenar a dos hombres sin crimen, sin pruebas? Quizá sea más difícil de creer que de contar.~~

~~Mientras la queja se debatía en explicaciones y ruegos para obtener una segunda oportunidad de demostrar toda su capacidad de trabajo y el Alacrón, impasible, callaba en espera del desarrollo de los acontecimientos, una sombra salía de la nada y se hacía presente frente a la mesa del tribunal: era Chucho.~~

~~Prestó declaración: "Yo vi al Alacrón incitando a la gente a no trabajar. La queja estaba con él y fue el primero en negarlo y acusarlo al plante."~~

~~Suficiente; ya estaban condenados. El desarrollo fue cuestión de minutos. Un parate en la mesa y "a la granja de castigo." Con el xilito, machetes, rebotrapaje, más comida, encierros, trato infame, para correspondencia. Todo lo que el hombre encerrado más detesta.~~

~~Y como un más, lígare y callado, salió el camión a repostar en las otras granjas el mismo escarmiento que venía de dar en ésta.~~

~~Con tarde la barraca permaneció como la atmósfera cuando está llena de nubes negras y pesadas y no corre el viento. La tormenta amenaza, no acaba de caer ni se acaba de ir. Todos se miraban y nadie se hablaba; el silencio elocuente. Cada cual en su catre fumando, pensando. Solo dos camas quedaron vacías con las pertenencias de sus dueños encimadas encima; en su ausencia no habían signado nada tiempo a~~

Chucho no se estaba quieto un momento. Entraba, salía, se sentaba fumaba, pero no se tranquilizaba. A nadie daba la espalda, a nadie se acercaba. Todos le miraban serios, en silencio, de través, siguiendo sus movimientos con la vista...

Esa noche en el comedor solo se oyó el ruido de las cucharas contra las bandejas de lata y de éstas contra las mesas de concreto. Luego en la barraca, fueron apagándose uno a uno los mechones de luz brillante hasta el último: el de Chucho.

Seis meses atrás le habían trasladado a esa granja. Poco después le llegó noticia de que era un "auxiliar de la policía" -chivato- pero en su aspecto exterior ni en su comportamiento se observaba nada que lo confirmase. Siempre tranquilo y callado, hacía grandes esfuerzos por ganarse la amistad y la confianza de la gente, manifestándose solícito y servicial con todos. Pero se notaba la falta de espontaneidad con que lo trataba el personal. Dequiera había un sujeto interesante de conversación y llegaba él, se cambiaba el tema. Estaba aislado.

Después del juicio recordaron los muchachos los ingentes esfuerzos que hizo por ganarse la confianza del Alacrán. Tal vez porque adivinó que su opinión pesaba entre la de la gente y comprendió que haciéndose su amigo lograría "entrar", o tal vez desde entonces ya lo estaba trabajando...

Si despreciable resulta el confidente al hombre de la calle, al que está guardado le resulta no solo repugnante sino altamente peligroso. Es como un cuerpo extraño que el organismo tiende a rechazar espontáneamente.

Ya nadie le dirigía la palabra, ni tenía el más leve trato con él. Cuando se cruzaba con cualquiera le enseñaban discretamente el puño cerrado. Si esto ocurría en el trabajo, el machete. Hasta los cocineros comenzaron a llevarle "recio en la comida" que en aquel argot quiere decir matarle de hambre a plazos.

En horas de trabajo la jefatura lo mandaba a chapear guardarraldas e lugares al descubierto y siempre había algún guardia cerca *de él*.

Nunca podía bañarse junto con el personal pues le quitaban la ducha. Le tiraban la ropa en el pise mejado. Nunca estaba fuera de la barraca fuera después de la caída de la noche. Comía solo...

Le revolvián la cama. Le quemaban las pertenencias. Le botaban el plato y la cuchara por la letrina...

Una noche, al retirarse de la fila durante el conteo de personal le pasaron un ladrillo por sobre la cabeza que fue a hacerse fina arena contra la pared de la barraca. Esa fue una advertencia. Y fue también la última noche que pudo dormir.

En vano rogó y pidió a la jefatura que lo cambiaran de granja, que lo trasladaran nuevamente. El proceso había hecho mucho ruido y Chucho les sería de poca utilidad en el futuro. Era demasiado conocido en todas partes. Como los zapatos viejos, se había gastado...

Mientras, los muchachos le habían echado un "angel de la guarda". Estaba siempre vigilado. No se le podía pisar ni pisar.

Tres noches después del "ladrillazo" brincó la cerca. Y misteriosa y casi simultáneamente llegó un mensaje a la guarnición reportando su ausencia.

A las diez de la mañana del siguiente día era hombre agido. Y dos horas después, perteneciendo a la granja de castigo.

Todos se agolparon junto a la puerta para verlo partir. Era una exhibición de mocos y dientes. A última hora, montando y, lo ayudaron a subir. Solo que la maniobra fue demasiado solícita y la caída en la parte del camión demasiado violenta.

Haciendo el arranque el transporte se incorporó Chucho, viendo con placer cómo lo alejaba de aquella gente hostil, y respiró tranquilamente.

hasta el último: el de Chucho.

Seis meses atrás lo habían trasladado a esa granja. Poco después le llegó noticia de que era un "auxiliar de la policía" -chivato- pero en su aspecto exterior ni en su comportamiento se observaba nada que lo confirmase. Siempre tranquilo y callado, hacía grandes esfuerzos por granjearse la amistad y la confianza de la gente manifestándose solícito y servicial con todos. Pero se notaba la falta de espontaneidad con que lo trataba el personal. Dequiera había un sujeto interesante de conversación y llegaba él, se cambiaba el tema. Estaba aislado.

Después del juicio recordaron los muchachos los ingentes esfuerzos que hizo por granjearse la confianza del Alacrán. Tal vez porque advirtió que su opinión pesaba entre la de la gente y comprendió que haciéndose su amigo lograría "entrar", a tal vez desde entonces ya lo estaba trabajando...

Si despreciable resulta el confidente al hombre de la calle, al que está guardado le resulta no solo repugnante sino altamente peligroso. Es como un cuerpo extraño que el organismo tiende a rechazar espontáneamente.

Ya nadie le dirigía la palabra ni tenía el más leve trato con él. Cuando se cruzaba con cualquiera le enseñaban discretamente el puño cerrado. Si esto ocurría en el trabajo, el machete. Hasta los cocineros comenzaron a llevarlo "recio en la comida" que en aquel argot quiere decir matarlo de hambre a plazos.

En horas de trabajo la jefatura lo mandaba a chapear guardarrugas en lugares al descubierto y siempre había algún guardia cerca.

Nunca podía bañarse junto con el personal pues le quitaban la ducha. Le tiraban la ropa en el piso mojado. Nunca andaba fuera de la barraca fuera después de la caída de la noche. Comía solo...

Le revolvían la cama. Le quemaban las pertenencias. Le botaban el plato y la cuchara por la letrina...

Una noche, al retirarse de la fila durante el conteo de personal le pasaron un ladrillo por sobre la cabeza que fue a hacerse fina arena contra la pared de la barraca. Esa fue una advertencia. Y fue también la última noche que pudo dormir.

En vano rogó y pidió a la jefatura que lo cambiara de granja, que lo trasladaran nuevamente. El proceso había hecho mucho ruido y Chucho les sería de poca utilidad en el futuro. Era demasiado conocido en todas partes. Como los zapatos viejos, se había gastado...

Mientras, los muchachos le habían echado un "angel de la guarda". Estaba siempre vigilado. No se le podía pisar ni pisada.

Una noche después del "ladrillazo" brinco la cerca. Misteriosa y casi simultáneamente llegó un mensaje a la guarnición reportando su ausencia.

A las diez de la mañana del siguiente día era hombre cogido. Y dos horas después, condenado a la granja de castigo.

Todos se agolparon junto a la puerta para verle partir. Era una exhibición de muecas y dientes. A última hora, montando ya, le agudaron el oír. Solo que la exhibición fue demasiado solfista y la caída en la granja...

Recién al arrancar el transporte se incorporó Chucho, viendo con placer cómo se alejaba de aquella gente hostil, y respiró tranquilamente. Nadie hubo jamás tan contento de ir castigado.

Fue entonces, al buscar un cigarro que notó un bolsillo desabotonado y ocupado por un gran papel arrugado y metido bruscamente, como en un gran apuro.

Lo extrajo. Lo sacó. Había un mensaje; cuatro palabras:
"Te estoy esperando.- Alacrán." Fin.

Espero que te haya gustado y le saques la moraleja. Estoy segura que a tú Titi también le gustará y recordarán las Navidades que pasamos juntos cuando Uds. eran chiquitos y yo les contaba cuentos para dormir.

Un besito para todos y las mujeres deseadas de su sbuelita que mucho los quieren y nunca los olvida.

③ ✓

Aquí le mando una farsa que podríamos intitular "El Lenguaje de Silencio" de la que podría decirse que es un cuento psicológico:

"Escriba todo lo que se le ocurre."

Me miró curriendo y salió corriendo tras él la puerta del pequeño gabinete. Se había comportado con tanta habilidad y no había tratado con tanta suavidad y dulzura que se pudo pensar que meditara un rato sobre sus últimas palabras: "Escriba todo lo que se le ocurre..."

Estaba sentado frente a un pequeño escritorio de madera barnizada, de esos de 2 gavetas a un lado. Sobre la mesa había un bloc de papel sin rayas, una estilográfica y una jarra de agua con su vaso. El agua estaba fresca.

Las paredes, de un verde claro como el de una mar en calma, estaban desprovistas de adornos o cuadros y solo contrastaban con el azul la puerta blanca y la ventana, completamente abierta, que daba al jardín. Desde mi asiento dominaba todo el interior de la pequeña habitación, con el sencillo tranquilizador, y podía ver en la distancia, a través de la ventana, las copas frondosas de los árboles.

Me acerqué a ella y miré hacia abajo. Había unos cuantos hombres y mujeres que paseaban por entre las flores mientras otras leían sentadas en los bancos bajo la sombra de los árboles. Alguno que otra enfermera atravesaba el patio y desaparecía.

Hacia la lejania se veían los campos sembrados de caña y los árboles que perfilaban la lejania guardarrullas. Una manita de bicho de guano, un pinchuelo, las curvas plateando en el cielo limpio del verano como figuras de un mundo ballet...

El fresco de la brisa me sacó de mi letargo. Di una vuelta alrededor de la mesa detallando los objetos triviales y me senté. Volví a beber pero el agua ya no había calentado algo.

Inconscientemente me puse a jugar con la estilográfica, dándole vueltas sobre el papel. Se hizo ver el contraste que forma el rojo al dar vueltas sobre un fondo blanco. De pronto vi la curiosa bondad de mi nuevo amigo en el papel y volví a oír en voz audible diciéndome: "Escriba! Todo lo que se le ocurra! Habrá papel suficiente en la mesa para escribir todo! Como si la cosa fuera tan simple para todo eso! Heurta mi cerebro que dar respuestas a varias interrogaciones: ¿Por dónde comienza? ¿Qué es lo principal y qué lo secundario? ¿Cómo distinguir las causas de las consecuencias? Verdaderamente lo interesará a este pobre saber cosas que quizás él mismo no comprenda?"

Indudablemente es inteligente. Me habla en un tono seguro y me propone acertarme y que cierre los ojos cuando me tenga ganas de dormir. Nada diciéndome lo que tengo que hacer, ni cómo debo pensar, ni cuándo tengo que hablar...

¿Porque tengo que hablar? He ahí el problema. A todos los los he notado de su la cabeza que tengo que hablar, aunque no con más que para decir alguna estupidez convencional o expresar un sentimiento que no siento.

Y todo empezó por ahí, yo no puedo precisar exactamente cuándo.

Hubo un tiempo en que yo era una persona loca, de esos a los que se les llama mentes comunicativas o sin más, extravagantes. Era una especie de muy pequeño y encontraba verdadera placer en hacer preguntas a las personas, sobre todo a aquellas a quienes gustaba salir, de todas las cuestiones y sobre mis inquietudes.

Hablaba con mi padre, con mi madre, con mis compañeros de escuela, con mis amigos, y sobre todo con Abby, mi perro.

Eso era el oyente que verdaderamente me me escuchaba, pues no se escuchaba embobado durante horas enteras, me interrumpía al decir mi palabra y respondía siempre al mismo en silencio.

Los demás? Eran muy buenos, pero en presencia se quedaba pronto y cuando no me dejaban en medio de una rica conversación, escuchaban alguna idea

últimas palabras: "escriba todo lo que se le ocurra..."
Estaba sentada frente a un pequeño escritorio de madera barnizada, de
casi de 2 gavetas a un lado. Sobre la mesa había un bote de papel sin
rayas, una estilográfica y una jarra de agua con su vaso. El agua estu-
ba fresca.

Las paredes, de un verde claro como el de una mar en calma, estaban
desprovistas de adornos o cuadros y sólo contrastaban con estas la por-
ta blanca y la ventana, completamente abierta, que daba al jardín. Des-
de mi asiento dominaba todo el interior de la pequeña habitación, con su
sencillez tranquilizadora, y podía ver en la distancia, a través de la ve-
neta, las altas frondosas de los árboles.

Me acerqué a ella y miré hacia abajo. Había mucha gente: hombres y mu-
jeres que paseaban por entre las flores mientras otros se sentaban en
los bancos bajo la sombra de los árboles. Algunos que otra enfermera atre-
vía al patio y desaparecía.

Hacia la lejania de veces los ramos sembrados de casa y los árboles
que perfilaban la lejania guardarrullas. Una casita de techo de guano, un
pichuelo, las aves planeando en el cielo limpio del verano como figu-
ras de un mundo ballet...

El fresco de la brisa me pasó de mi letargo. Di una vuelta alrededor
de la mesa detallando los objetos triviales y me senté. Volví a beber
pero el agua ya no había calificado algo.

Inconscientemente me puse a jugar con la estilográfica, dándole vuel-
tas sobre el papel. Se llama así el contraste que forma el rojo al dar
vueltas sobre un fondo blanco. De pronto vi la curiosa bendición de mi
nuevo amigo en el papel y volví a ella en vez de darle la bienvenida. Escribí:
"Todo lo que se me ocurre". Había papel suficiente en la mesa para po-
nerlo todo? Como si la cosa fuera tan simple para todo eso! Habría que
darse cuenta que dar respuesta a varias interrogaciones: ¿Por dónde comienza? ¿Qué
es lo principal y qué lo secundario? ¿Cómo distinguir las causas de las
consecuencias? Verdaderamente lo interesaré a este señor saber cosas que
quizá él mismo no comprenda?

Indudablemente es inteligente. No habla en un tono mesurado y no pre-
tende agostarse y que cierre los ojos cuando no tenga ganas de dormir. Ni
anda diciéndome lo que tengo que hacer, ni cómo debo pensar, ni cuándo
debo que hablar.

Porque tengo que hablar! He ahí el problema. A todas las las he volti-
do de la cabeza que tengo que hablar, aunque no sea una que para decir al-
guna estúpida convencional o expresar un sentimiento que me oliente!

Y todo empezó por ahí, ya no puedo precisar exactamente cuándo.

Hubo un tiempo en que yo era una persona loca, de esas a las que
le llamaban comunicativas o era una, extravagante. Era una alondra y
una pequeña y encontraba verdadero placer en hacer portales, más que
juegos, sobre todo a aquellos a quienes guardaba celos, de todo mis
amigos y todas mis inquietudes.

Hablaba con mi padre, con mi madre, con mis compañeros de colegio,
con mis amigos; y sobre todo con Abby, mi perro.

Eso era el oyente que verdaderamente me me entusiasmaba, pues me
cuchicheaba durante horas enteras, me interrumpía si decía algo
palabro y repetía siempre lo mismo: "¡qué!"

Los demás? Eran muy buenos, pero en presencia de Abby se quedaban mudos y uno
de no me dejaban en medio de una rica conversación, sacaban alguna idea
"absurda" o "ridícula" y trataban de modificar mi parecer hasta que,
viendo la firmeza de mi carácter y mis convicciones, se dejaban por inco-
rregible.

Así transcurrieron algunos años. Mientras tanto, me convertía en un
adolescente y adquiría el hábito de la lectura, no por cierto de noveli-
tas románticas o aventureras, sino de los pensamientos más ilustres de to-
dos los tiempos, buscando siempre alguna tibia de solución para mi per-
sonalidad y mi inconciliable contradicción por los demás.

Porque yo comprendía perfectamente que a medida que pasaban los años,
mi manera de pensar se alejaba más y más de la ortodoxia de la de mis

Fue entonces cuando nació en mí la convicción de que vivimos en una ciudad absurda, en la que ciertos cánones fijos e inflexibles se no pueden romper porque desencadenan la furia de los hombres. Y empecé a entender la idea de que a la mayoría de los hombres no tiene criterio propio y de que la multitud piensa por ellos o que son unos hipócritas y disfrazan sus propios sentimientos por temor a ser ellos también arrastrados por la corriente.

Y en ese mismo instante comenzaron a surgir las primeras manifestaciones de mi aislamiento y mi mutismo.

En aquel tiempo terminaba yo mis estudios secundarios y comenzaba los superiores, y fue cuando verdaderamente empecé a tener problemas por mi manera de pensar. La intolerancia de la maquinaria social en que vivía me hizo blanco de una serie de maniobras que terminaron con el vida estudiantil pues empecé a ser considerado un "elemento molesto" que podía contaminar el medio ambiente que me rodeaba.

Pero eso era injusto puesto que jamás adopté un plano agresivo. Desde los primeros cheques con la sociedad expuse la idea de que también yo tenía el derecho de convivir aunque no compartiera sus ideales ni aspiraciones, pero me convenía de que una actitud militante era no solo estúpida sino insostenible y comenzó con mi mutismo, que no fue más que una consecuencia ideológica que tuve que hacer por las presiones del medio.

Pero a pesar de mi silencio, mis convicciones no impidían jugar un papel en la comedia social. Como mi temperamento repudiaba la hipocresía y la coacción me impedía manifestar mi "yo" social que la solución sería no participar activamente en el juego aunque se guardara siempre, como un becere, todos los elementos distintivos de mi personalidad.

Fue entonces que comprendí por qué han existido períodos de la historia en que hombres sin vocación religiosa, perseguidos por el ambiente, hubieron de tomar las medidas para desarrollarse plenamente, sin ser perseguidos o castigados por la sociedad que sólo así los aceptaba.

Y traté, traté decididamente de adoptar esta posición. Pero inmediatamente me faltaron aptitudes sociales. Tal parecía que solamente por el hecho de estar físicamente en un salón, mi actitud también me haría notablemente subversivo, que mi pensamiento se expresara y llegara a las personas alrededor de mí las que siempre me miraban con una actitud hostil hacia mí. Era siempre de reacción general y fue la causa de todo lo que sucedió después.

Al tener que dar fin a mi vida de estudiante, lógicamente tuve que buscar un trabajo. Debido a los convencionalismos que había adquirido en mis lecturas y a la falta de maestros me dirigí hacia el campo de la enseñanza como tenía grandes posibilidades de encontrarlos.

Ya para ese época podría considerarse como un individuo conservador (la experiencia me había aconsejado así) y parecía que con esa actitud conservadora cubriría los posibles contratiempos ocasionados por mi concepción crítica del pensamiento individual y la función del hombre en la sociedad.

Allí hice planes como maestro de idiomas, enseñando únicamente alemán y literatura a la que me dedicaba por creer que me trasladaría fuera de pensar. Pero muy a mi pesar, puesto que el trabajo me interesaba, tuve un serio enfrentamiento con mis superiores debido a que al intentar desarrollar los planes, a través de ejemplos y ejemplos que ponían de relieve la función pensante del hombre, se era en nada agradable a la mentalidad tradicionalista de estos señores.

Debí reconocer que después de todo, como yo no me podía considerar como testarudo. Había sido un que me levantaba y se iba a cualquier parte por mí que cuando me quedaba en casa a cualquier situación, me familiarizaba con las cosas y lo rechazaba a una consecuencia causada por la fractura de mi carrera.

Así no era así. Hayaba por las calles con las manos en los bolsillos y una cara como un mármol.

Y en ese mismo instante comenzaron a surgir las primeras manifestaciones de mi aislamiento y mi aislamiento.

En aquel tiempo terminaba yo mis estudios secundarios y comenzaba los superiores, y fue cuando verdaderamente empezó a tener problemas por mi manera de pensar. La intolerancia de la maquinaria social en que vivía me hizo blanco de una serie de maniobras que terminaron con el fin estudiantil pues empecé a ser considerado un "elemento peligroso" que podía contaminar el medio ambiente que me rodeaba.

Pero eso era injusto puesto que jamás adopté un plano agresivo. Desde los primeros tiempos con la sociedad expuse la idea de que también yo tenía el derecho de sobrevivir aunque no compartiera sus ideales ni aspiraciones, pero me acentué de que una actitud militante era no solo estúpida sino insostenible y además con mi antisismo, que no fue más que una consecuencia de las ideologías que tuve que hacer por las presiones del medio.

Pero a pesar de mi aislamiento, mis convicciones no impidieron jugar un papel en la comedia social. Como mi temperamento repudiaba la hipocresía y la doblez me impedía manifestar mi "yo" decidí que la solución sería no participar activamente en el juego aunque resguardando siempre, como un tesoro, todas las elementos distintivos de mi personalidad.

Fue entonces que comprendí por qué han existido períodos de la historia en que hombres sin vocación religiosa, presionados por el ambiente, hubieron de tomar las actitudes para desarrollarse plenamente, sin ser perseguidos o castigados por la sociedad que solo así los aceptaba.

Y así, traté decididamente de adoptar esta posición. Pero inmediatamente me fallaron aptitudes especiales. Tal parecía que solamente por el hecho de estar físicamente en un salón, mi actitud también un cierto notablemente subversiva, que mi pensamiento se precipitaba y había a las personas que me rodeaban no solo me atraía una actitud hostil hacia mí. Esa era siempre la reacción general y fue la causa de todo lo que sucedió después.

Al tener que dar fin a mi vida de estudiante, lógicamente tuve que buscar un trabajo. Debido a los conocimientos que había adquirido en mis lecturas y a la falta de maestros no sirvió para el campo de la enseñanza como tenía grandes posibilidades de encontrarlo.

La cosa era que podría considerarse como un individuo reservado (la experiencia no había enseñado nada) y pensaba que con esa actitud conservadora evitaría los posibles contratiempos ocasionados por mi actitud crítica ante el pensamiento individual y la función del hombre en la sociedad.

Allí hice planes como maestro de idiomas, enseñando enteramente francés y literatura a la que me dedicaba por creer que no tenía ninguna posibilidad de vencer. Pero muy a mi pesar, puesto que el trabajo me interesaba, tuve un serio enfrentamiento con mis superiores debido a que mi actitud de desarrollar los planes, a través de ejemplos y palabras que tenían de ser la función pensante del hombre, se era en nada agradable a la mentalidad tradicionalista de estos profesores.

Debo reconocer que después de este período ya no se podía calificar como trabajador. Había días en que me levantaba y me iba a trabajar solo con el propósito de estar en casa a analizar mi situación, sin facilitarme la posibilidad de trabajar y lo achacaba a una neurosis causada por la frustración de mi carrera.

Así no era así. Marchaba por las calles con las manos en los bolsillos y una cierta calma me rodeaba no tenía a dónde ir y solo pensaba en lo injusto que es condenar a aquel que piensa diferente sin preguntarle sus motivos el por qué y en lo tranquilo que se viviría si las gentes conocieran el valor de las ideas con otras mujeres en vez de con un látigo o una mordaza.

También pensaba en lo injusto que habían sido mis compañeros de trabajo que habían distorsionado hasta las conversaciones privadas que habían tenido para pintarme como un hereje o un desconfiado. Que en fin de cuentas ellos mismos eran realmente culpables pues no eran más que víctimas inconscientes de la maquinaria que nos rodeaba. Y pensaba que estaba hablando demasiado y que esto me perjudicaría grandemente en lo sucesivo.

jaña y de ser un poco más raras de palabras.

Y así fue como mi vocabulario de sus recuerdos a unas palabras de confort a mi familia que ya se preocupaba de mi salud y alguna que otra salud a los conocidos. Y el diálogo de riges para el intercambio y la subsistencia con los demás.

Pasados algunos meses sin hacer nada decidí volver a buscar trabajo y lo encontré en una fábrica de plásticos donde tenía que trabajar en una máquina haciendo una palanca y abriendo una llave para hacer una pieza en un troquel. Y luego cerrando otra palanca para abrir la máquina y hacer la pieza terminada. Esta operación tan complicada solo llevaba segundos y había que repetirla unas cuantas veces de veces en 8 horas.

Como las máquinas, ellas me miraban desde y sin hablar, me dejaron tranquilo. Aquel trabajo me crispaba los nervios. En la nave el tall había varias decenas de máquinas como la mía, que hacían un ruido ensordecedor y como cada una tenía un operador, al abrir y cerrar de éstas hacía retumbar el taller casi al son de una metralladora infernal.

Aquel trabajo mecánico e impersonal de abrir y cerrar la máquina que me deshumanizaba y sofocaba, aquella metralladora que me obligaba a abrir la máquina y luego a cerrarla al compás ajeno, aquel calor durante 8 horas, mirando la pared y pensando, pensando en la incompreensión y la unidad de los que me habían empujado hasta allí, frustrando todas mis ilusiones, todas esas cosas juntas y en una sola, el día entero, me sacaba de los cables.

Un día el jefe vino a verme una queja por mi bajo rendimiento en el trabajo. Todavía hoy no sé por qué me dijo lo que hizo ni por qué, pero porque yo todo lo que me pasó y sentí como en una espiral incomprensible en la que las revoluciones automáticas de su vida me traían otro y aquella persona, que debería ser la mía, se me fue en una nebulosa. De pronto me encontré solo por muchos y aquel jefe en el suelo echando sangre por la nariz y la cabeza.

La granja de corrección de menores fue el próximo destino. Allí me hacían trabajar en que lavar tan rápido como abriendo la pastagana. Me pasaba el día arrancando hierbas con el apuro pero al mismo tiempo el sol, los platos, respiraba aire libre y el contacto con la naturaleza me sentía fuera del taller que para mí se había convertido en el establo del trabajo que me comprime.

Como mi grado de escolaridad era superior al de los demás, me permitieron dar clases. Pero ya yo comprendía que la tortura había pasado a humano y no me resultaba.

No solo me contactaba el silencio a las preguntas más imperceptibles sino que al lenguaje cotidiano. Odiaba que me hablasen. Sobre todo que me llamaran "buenos días" y "buenas noches". Y que me preguntaran cómo me encontraba me sentía fuera de mí. Frases absurdas y redundantes. Como se decía un hombre queorrado, hantado, habiéndolo de todo todo...

Quedé a bajar de peso. Algunas veces caía a la cama por que me resultaba más placentero quedarme acostado debajo de una frazada que al levantarme al momento a los que me habían oprimido y lanzado al abismo.

A veces, por las noches, me dirigía a un pensamiento mágico al que iba volando y volando y como al instante encuentro de todo en mí. Pero como mi cuerpo, pasaba la noche sentada en la puerta de la barraca con los brazos y mirando las lechuzas entrar y salir, tan inmensas, tan pequeñas y silenciosas, con un correrse invisible, perfectamente marcado por la oscuridad del cielo.

Después de eso ya la vida me dio mucho trabajo, pero solo recuerdo algunas preguntas. Ha que me hicieron mucho la pregunta por investigar mis obligaciones espirituales y materiales, así como por mis con-

reservados algunos meses sin poder hacer cosas volver a nuestro trabajo y lo encontré en una fábrica de plásticos donde tenía que trabajar en una máquina haciendo una palanca y haciendo una llave para hacer una pieza en un troquel. Y luego ensujando otra palanca para abrir la máquina y hacer la pieza terminada. Esta operación tan complicada sólo llevaba segundos y había que repetirla unas cuantascientas veces en 8 horas.

Como las máquinas, días de un turno diáfano y sin hablar y no dejaron nada quillo. Aquel trabajo me crispaba los nervios. En la noche el taller había varias máquinas de máquinas como la mía, que hacían un ruido ensordecedor y como cada máquina tenía un operador, al abrir y cerrar de éstas había resonar el taller casi al son de una metralladora infernal.

Aquel trabajo mecánico e impersonal de abrir y cerrar la máquina que me deshumanizaba y sofisticaba, aquella metralladora que me obligaba a abrir la máquina y luego a cerrarla al compás de una, aquel color durante 8 horas, durante la tarde y por la noche, pasando en la incomunicación y la soledad de los que no habían hablado hasta allí, frustrando todas mis ilusiones, todas esas cosas juntas y en una sola, el día entero, me acababa de los cables.

Un día el jefe vino a verme una queja por mi bajo rendimiento en el trabajo. Todavía hoy no puedo explicar lo que hice ni por qué, pero recuerdo que hoy se me ocurrió y entré como en una espiral incomprensible en la que las revoluciones automáticas se sucedían una tras otra y aquello parecía una máquina que giraba en el aire en una nebulosa. En algún momento me encontré en este por muchos y aquel jefe en el suelo echando sangre por la nariz y la cabeza.

La granja de corrupción se mecerá due el próximo año. Allí se habían trabajado en una labor tan sencilla como abrir y cerrar la máquina, me quedaba el día entero de hierba con el agua pero al mismo tiempo el cielo, el sol, las algas, respiraba aire libre y al contacto con la naturaleza me sentía fuera del taller que para mí se había convertido en el establo del mundo que me comprime.

Como mi grado de escolaridad era superior al de los demás, me permitían dar clases. Pero ya ya comprendía que de educación había pasado a un mundo y a un mundo.

No sólo me contactaba el salero a las preguntas más impersonales sino que al final me volvía. Odiaba que me hablasen. Sabía todo que me decían "buenos días" o "buenas noches". Y que me preguntaran algo me molestaba me venía fuera de mí. Preguntas absurdas y repetitivas. Como si al lado de un hombre educado, hablase, hablándole de todo todo...

Después de hacer de eso. Algunas veces faltaba a la escuela porque me sentía más cómodo quedarme sentado debajo de una alfombra en el patio de la casa de los que me habían explotado y llevado al taller.

A veces, por las noches, me acercaba a un camarero que estaba al que iba a volver y volver y como al mismo tiempo de cada vez era mi fin de semana, pasaba la noche sentada en la puerta de la barraca por las de fresco y mirando las de las estrellas, las lunas, las arcuillas y al mismo tiempo con un derrotado inabarcable, perfectamente marcado por la noche.

Después de eso ya la debilidad de los días me iba logrando. Por eso recuerdo algunas fragmentos. Es que me llamaron mucho la atención por involucrar mis obligaciones académicas y académicas, así como por mis conocimientos y mis informaciones acerca de la vida y de muerte, del mundo y de la vida del estudiante.

Hace varios días, a quince semanas, que estoy aquí. Sé que me deben haber puesto fuertes porque tengo las uñas rotas el brazo, que me duela bastante. También debo haber servido mucho y he engordado un poco. Ya me siento el colero de cabecera... Me siento mejor.

Desde que llegué se han ido haciendo directamente con que por la enfermería. Hoy este taller me ha hablado y me ha hecho pensar, recordar... Digo que quiere ayudarme. Quiero que escriba...

¿Se ha preguntado cómo cuáles son mis inquietudes? Pues yo exponiendo la causa de todos mis males por escrito cuando al manifestarlas a alguien voy a encontrar con mi actitud las cosas todas entre trapos. No es el

también parte de los que no concuerdan por rebelarse y negarse a ser una
pieza más de la máquina? Una pieza que cuando se encaja perfectamente
y realice la función señalada se la rebaja o rectifica en el torno o se
la conduce al desecho?

No! No quiero ser una pieza más de la sociedad. No quiero que pien-
sen por mí. Equivocado e no, mi criterio merece respeto y mis conviccio-
nes son como un propio hijo.

Escribiré, sí, porque tengo que hacerlo. Porque una fuerza externa y
potrosada se obliga. Porque la sociedad, intrascendente y totalitaria no
deja desarrollar una personalidad que se salga del patrón marcado a la
masa.

Por eso escribiré la única palabra que verdaderamente puede decir porque
expresa todo el sentir. Es una representación toda la resistencia que puede
ofrecerle. y la consideración que experimento por sus métodos de tra-
bajo y su producto final. Una palabra que se aiga como una esperanza,
un grito de auxilio o una acción: NO/-

Agosto 18/970.

Zuenda Nana:

Alí te mandó eso. Llévalo bien porque
no me gusta de gustar y no sé lo que es. Quizá
sea demasiado largo.

El tema y la vía de desarrollo no creo que estén
muy mal, pero encuentro que le falta algo. Dice
Nana que no es espontáneo pero yo creo más bien que le
falta movimiento. Lo lees y en algunos pedregos se me
va cayendo y parece que se mata. Luego parece
pero en otros pedregos son los que lo han entorpecido.

¿Habría sido más feliz desarrollarlo por la vía del
diálogo del psicoanálisis? No me gusta porque el
personaje no podría decir ni comportarse de la
misma forma naturalmente, aunque esta vía
habría sido más curiosa. No me ciabo de gustar.

Lo aquí todo bien. Te voy a mandar las
fotos de la obra. Espero que te gusten.

Saluda a todos por allá en nombre mío.
Dale un abrazo a Amanda y cuídate tú con
fuerza de tus hermanos.

Jorge Luis.